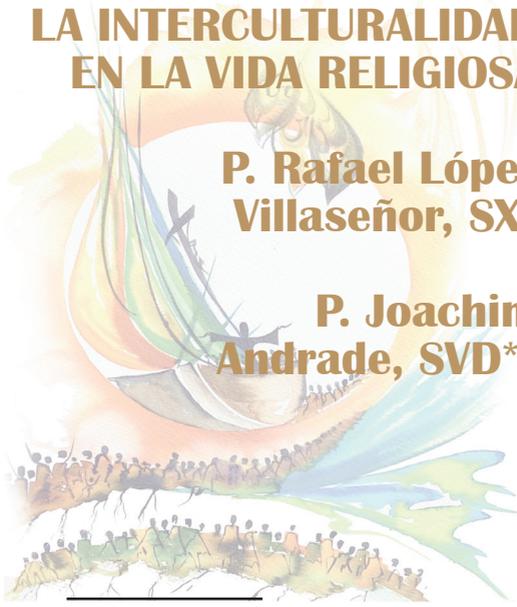


FRATELLI TUTTI: LOS CAMINOS DE LA INTERCULTURALIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA

**P. Rafael López
Villaseñor, SX***

**P. Joachim
Andrade, SVD****



*Doctor en Ciencias Sociales con énfasis en Antropología en la PUC-SP. Tiene una maestría en Ciencias Religiosas de la PUC-SP. Es licenciada en Teología por el Centro Universitario Assunção (1995) PUC-SP y en Filosofía por el Instituto de Filosofía Xaveriana (1990). Asesor y miembro del CEBI (Centro de Estudios Bíblicos). Actualmente es profesor de misionología en la Facultad Juan Paulo y Provincial de los Misioneros Xaverianos. Hace parte del equipo interdisciplinario de Asesores de la CRB - Conferencia de Religiosos de Brasil y coordina el CEMLA - Centro de Estudios Misioneros Latinoamericanos - Misioneros Xaverianos.

** Licenciado en Teología - Jnana Deepa Vidyapeeth (1991). Licenciado en Filosofía de la Universidad Federal de Paraná (1999). Licenciado en Historia y Literatura Inglesa - Universidad de Mysore (1984) y maestría en Antropología Social de la Universidad Federal de Paraná (2003). También realizó el Doctorado en Ciencia de la Reli-

gión (PUC-SP - 2007). Postdoctorado en Teología con énfasis en Misiología (PUC-PR -2020). Profesor de Teología en la Universidad Católica - PUC - Paraná (desde 2017). Fue Provincial de la Congregación del Verbo Divino (2008 - 2013) y coordinador del sector de Ecumenismo y Diálogo Interreligioso de la Arquidiócesis de Curitiba (2003-2007). Actualmente, es asesor en el campo de misionología y antropología en el Centro Cultural Misionario - CCM - Brasiliense y Miembro del Equipo Interdisciplinario de la Conferencia de Religiosos de Brasil.

Resumen:

La Vida Consagrada está llamada a descubrir en cada religiosa/o las riquezas culturales con sus valores, para poder vivir la acogida y el encuentro en las comunidades interculturales e intergeneracionales. Sin duda, este es un proceso complejo en tiempos de globalización. Por ende, el artículo aborda el desafío de la interculturalidad a partir de la Encíclica *Fratelli Tutti* y analiza el paradigma a partir de la elaboración e interacción armónica, origen, entorno cultural y nacionalidad en el carisma confiado. Este camino se desarrolla en un movimiento 'ad intra' en la convivencia intercultural de la congregación, pero también 'ad extra' en el trabajo con la gente, o sea en la misión.

Palabras clave: Interculturalidad, Vida Consagrada, Cultura

Seguir por el camino intercultural se ha tornado más complicado en la era de aceleración globalizada. Por su carác-

ter carismático, la Vida Religiosa estuvo atenta al tema de la interculturalidad, afinando la convivencia entre los miembros a través de diferentes mecanismos. Incluso, una de las prioridades de la Conferencia de los Religiosos de Brasil del actual trienio afirma: "somos interpelados/as a construir alianzas interinstitucionales, convivir en la diversidad cultural e incluir el laicado en nuestra espiritualidad y acción, abriendo nuevos caminos para la misión". También la Encíclica del papa Francisco *Fratelli Tutti* aborda ampliamente el tema de la cultura descubriendo las riquezas de cada uno, valorando lo que nos une y mirando las diferencias como posibilidades de crecimiento en el respeto de todos (FT 133).

Inspiración bíblica

La Biblia es fuente de inspiración para la interculturalidad ya que su rico contenido elaborado de forma gradual por el cristianismo, construyó una identidad a lo largo de los siglos que se ha convertido en patrimonio de la Vida Religiosa. Los innumerables gestos y hechos de Jesús presentan una visión intercultural que se pueden apreciar en el envío de la viuda de Sarepta (1Re 17, 8-24) o la curación del sirio Naamán de la lepra (2Re 9-14), el elogio del centurión romano de Cafarnaúm, (Mt 8,5), la curación de la hija de la mujer cananea (Mt 15,21), y el ejemplo de un buen samaritano (Lc 10, 29). Asimismo sucede con el hombre que bajaba

de Jerusalén a Jericó y fue sorprendido por los asaltantes, quienes lo desnudaron, lo golpearon y lo dejaron "medio muerto". En el relato, el sacerdote y el levita evitaron desafiar la ley y continuaron su camino. En cambio el samaritano, estirpe impura por excelencia, fue movido por la compasión, ayudó al herido, cuidó sus heridas y lo llevó a una posada. Al final de la narración Jesús hace una pregunta: "¿Cuál de los tres se convirtió en el próximo del hombre que cayó en manos de los asaltantes?" (Lc 10,37).

En el contexto de nuestra temática, podemos entender que ese "prójimo" no es un sujeto, sino un movimiento que implica dejar un "lugar", una zona de confort e ir a otro "lugar". Ese es un proceso intercultural que ocurre constantemente en las comunidades religiosas.

Sin embargo, esto no es tan simple como parece, especialmente cuando participamos personalmente en la vida comunitaria porque "hacerse próximo" del otro, significa un (des)aprendizaje radical y nos llama a deshacernos de las estructuras intocables (DA 365). Es un verdadero éxodo de nosotros (EG 21), una inquietante salida de uno mismo (EG 197). Tal vez no se trate de "abandonar" ciertos presupuestos sagrados, culturales y familiares que sustentan nuestra identidad, sino de asumirlos, resignificarlos y reorganizarlos de manera diferente, precisamente en un contexto intercultural. Así,

la interculturalidad exige el proceso de salida de sí mismo en dirección del otro. También implica un proceso de "entrar en la casa" del otro, o mejor, preservar el movimiento para fuera y para dentro de sí mismo, en torno a dos saberes: saber salir y saber entrar. Así surge entonces la pregunta: ¿cuál es el lugar de la salida? La respuesta implica un análisis cultural.

La cultura como punto de partida

Cualquier aproximación al tema de la interculturalidad, se encuentra en el mismo contexto de la propia cultura. La palabra cultura tiene su origen en la palabra latina *cultus*, participio pasado de *colere* - que significa habitar, cultivar, promover, adorar o cuidar -. El término cultura presenta numerosos significados a través de varias disciplinas como la sociología, la antropología cultural, la biología y la agricultura. Agenor Brighenti¹ presenta la cultura como: el estilo o programa de vida común de un pueblo o grupo social, que asume su complejidad externa y su unidad interna, compuesta de símbolos y significados, de lo político-religioso, de la organización social, del trabajo material y espiritual.

La encíclica *Fratelli Tutti* afirma que, en el proceso de interculturalidad, el diálogo ocurre con el otro a

partir del punto de su propia identidad y de sus propios rasgos culturales (FT 148). En este sentido, las migraciones en sus diferentes modelos y diásporas han contribuido a una convivencia intercultural, que llevan al sujeto a mirar sus raíces y al otro (FT 40). De ahí que, "sólo es posible acoger al diferente y percibir su aporte original si se está afianzado en el pueblo y su cultura" (FT 143). Puesto que, "mientras más profunda, sólida y rica sea una identidad, más tendrá para enriquecer a los otros con su aporte específico" (FT 282). Por ende, "no hay diálogo con el otro sin identidad personal" (FT 143), porque la identidad se construye a partir del aprendizaje de la cultura, calzando el propio zapato y con relaciones saludables en el lugar de nacimiento.

La Vida Religiosa pertenece a todos, acoge a personas del campo, de la ribera, de la ciudad, de la costa o incluso de la selva con sus diferentes zapatos. Los religiosos provenientes de todas las realidades se encuentran en el mismo ambiente y en el mismo escenario, estableciendo la convivencia - *ad intra* y aplicando el carisma en contextos - *ad extra*. Esta convivencia introduce nuevas comprensiones, nuevos paradigmas, entre los que se destaca la interculturalidad.

Senderos de interculturalidad

La globalización ha tenido un impacto poderoso en la convivencia

¹ Brighenti, *Por uma evangelização inculturada: princípios e passos metodológicos*, 103.

humana, aumentando la migración en cada rincón del mundo. Este fenómeno desafía la posibilidad y la capacidad de crear un nuevo orden (FT 100) de experiencia intercultural y al mismo tiempo la interdependencia creciente, lanza a su vez, una luz sobre las disparidades en la alteridad. El caso es que el movimiento de personas nunca se detendrá, porque circulan dentro de su propio país, de un país a otro y de un continente a otro, por múltiples motivos (FT 142). Las fronteras físicas se están debilitando; en algunos países, la aceptación de esta condición es mayor; en otros, hay más resistencias (FT 12). Ese movimiento plantea como nunca antes, la dimensión de la presencia del otro, la cuestión del otro, la relación con el otro, como vimos en el buen samaritano. Por lo tanto, vivimos en una aldea global y todos convivimos en el contexto plural.

En la Vida Religiosa también percibimos esos movimientos del contexto actual, en el cual notamos un “reversión de flujo” de las antiguas fuentes en relación a los campos de misión. Debido a la escasez de vocaciones en los países occidentales, el flujo de miembros de los continentes asiático, africano y latinoamericano comenzó a “irrigar” el restante del planeta, asumiendo gran parte de las actividades. Este movimiento dentro de las congregaciones trajo consigo la convivencia intercultural con miembros de diferentes culturas y, al mismo tiempo, produjo tensiones, implicó

retos y ajustes culturales entre personas de diferentes regiones, entre él acogedor y acogido (FT 38-40).

En este sentido, la interculturalidad puede ser definida como el conjunto de relaciones e interacciones que se dan intencionalmente entre diferentes culturas con el fin de promover el diálogo, el respeto mutuo y la conciencia de la preservación de la identidad cultural de cada individuo. Así como su propia identidad cultural y riqueza única en un universo multicultural (QA 31). Nótese que este concepto no solo se refiere a las relaciones que se desarrollan entre individuos pertenecientes a diferentes países o regiones del mundo, sino que también toma en cuenta a individuos que se encuentran dentro de una misma comunidad, pero que tienen características diferentes desde un punto étnico de vista, social u otro. Por tanto, “en las relaciones interculturales, la diversidad no significa amenaza, no justifica jerarquías de ejercicio de un poder sobre otros, sino diálogo basado a partir de visiones culturales diferentes, de celebración, de interrelación y de reactivación de la esperanza” (QA 38).

Además, el concepto también apunta a los significados de las relaciones que son mutuamente recíprocas entre culturas, entre personas de diferentes grupos culturales, que interactúan entre sí y juntas construyen relaciones, transforman, moldean y son transforma-

das a partir de las experiencias. La interculturalidad representa una celebración de la diferencia de las culturas (FT 220), del respeto, de la vida compartida, de la colaboración y de la cooperación entre todas/os. De esta forma, podemos entender que la interculturalidad es un proceso mediante el cual dos o más culturas interactúan de forma horizontal y sinérgica teniendo un objetivo común.

Vida Religiosa e interculturalidad

La Vida Religiosa, así como la Iglesia, nació dentro del "paradigma en salida" y ha recorrido su camino hasta los tiempos actuales (EG 49) pero a lo largo de los siglos, constituyó diversos paradigmas, conforme con los contextos culturales y épocas históricas. El escenario actual de la Vida Religiosa parece enfocar más la interculturalidad sea en la experiencia como en la misión.

El paradigma de la interculturalidad parte del principio de crear una interacción armónica sustentada por miembros oriundos de diferentes orígenes, múltiples ambientes culturales y diferentes nacionalidades en favor del carisma que les fue confiado. Esa interacción llama a los miembros a una inserción en la situación real de las personas, en la que se desarrolla el trabajo. Existe un doble movimiento: el primero *ad intra* que exige un intento de convivencia adecuada intercultural entre los miembros de

diferentes culturas en una misma congregación; y el segundo, *ad extra* apunta al trabajo con el pueblo para el cual el miembro es enviado. En este proceso se encuentra el juego del "otro", tanto en la dimensión *ad intra* como en el sentido *ad extra*. El "otro" puede ser visto en tres niveles.

El primer "otro" se aplica al religioso/a proveniente de una determinada región geográfica específica, que usa su zapato cultural específico, diferente a los demás.

El segundo "otro" es aquel que lleva su personalidad específica conteniendo sus cualidades, forma de ser, con sus luces y sombras que son diferentes a los demás miembros.

El tercer "otro" es aquel que tiene una experiencia fundacional de Dios, que desarrolla la misión desde una perspectiva que no está necesariamente en línea con la perspectiva de los demás.

Para que todos los miembros estén verdaderamente comprometidos con la mutualidad, la interacción, el propósito común de vivir y trabajar con quienes son los "otros", deben ser conscientes de que ninguno de ellos puede asumir una posición de control sobre los demás.

Las congregaciones religiosas se expandieron rápidamente, partiendo más allá de sus orígenes histó-

ricos, incorporando miembros de muchas culturas a lo largo de los años y proporcionando el ambiente para la experiencia intercultural. El contexto actual de esta experiencia en la VR se encuentra en su punto más alto, exigiendo que todos sus miembros asuman con total dedicación el carisma - *ad extra*; al mismo tiempo, la vida comunitaria *ad intra*. De esta forma, vemos que el contexto actual, requiere tiempo para discernir las capacidades de cada uno, crecer en las actitudes, conocimientos, espiritualidades y habilidades necesarias. Una de las dificultades del paradigma de la interculturalidad es la convivencia con los "otros", lo cual exige múltiples ajustes. Dado que los miembros son diferentes entre sí (cultura, personalidad y perspectiva), cada uno necesita hacer la transición del etnocentrismo al etnorelativismo, - saber dejar su propia cultura y saber cómo entrar en la cultura del otro.

El primer paso es iniciar un proceso de "desaprender", abandonar las formas de conocer, que configuran subjetividades en la línea de la retórica de la superioridad de la propia cultura, desprendiéndose de las ficciones de verdad y estéticas naturalizadas por su cultura. El segundo paso es la apertura a un otro pensamiento, "sentarse en un círculo para aprender" basado en otras racionalidades, cosmovisiones y maneras de ser, de saber y de hacer. En fin, se trata de aprender a desaprender (desprendimiento)

para volver a aprender de otra forma (apertura).

El camino del etnocentrismo al etnorelativismo es un proceso para adquirir y asumir una nueva identidad: una identidad congregacional. En la nueva identidad, el "otro" deja de ser "otro", para convertirse en compañero, amigo y hermano. "La fe colma de motivaciones inauditas el reconocimiento del otro, porque quien cree puede llegar a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito y que con ello le confiere una dignidad infinita" (FT 85). La identidad congregacional aporta una dimensión más familiar al entorno *ad intra*, así como respeto y humildad en el entorno *ad extra*.

El paradigma de la interculturalidad exige que cada miembro esté dispuesto a cambiar y no simplemente esperar a que los demás se adapten a sus estructuras y formas culturales, es decir, enriquecerse mutuamente con la cultura del "otro" a través del intercambio y el diálogo (FT 282). Debe haber una conversión constante, no solo del etnocentrismo, en el sentido de una mentalidad intercultural, sino también de la posición de poder o control, para permitir la toma de decisiones en conjunto con el "otro". La perspectiva personal trasciende a una perspectiva congregacional y universal en la cual la misión se ve a través de los ojos de Dios. La interculturalidad puede ser nutrida cuando se entra en el espacio de

la espiritualidad con el concepto de que todos son creados a imagen de Dios y que la diversidad cultural es parte del plan de Dios.

Conclusión

La noción de interculturalidad enfatiza la identidad cultural y la diferencia. El verdadero encuentro intercultural (FT 216) solo es posible cuando los interlocutores desarrollan una identidad cultural nítida, capaz de preservar la propia identidad, percibir las diferencias y ser capaz de encontrar la condición del otro.

La interculturalidad subraya el hecho de que la identidad se establece, sobre todo, a través de la interacción. Desde esta perspectiva, se puede analizar que la interculturalidad es el camino que debemos seguir para aplicar el carisma congregacional y, en consecuencia, sentirnos peregrinos eternos de Dios.

Quien camina aprende a purificar no solamente su equipaje, sino también el alma. El acto de caminar ayuda a discernir lo indispensable y lo que es negociable. La caminata intercultural es un proceso de aprendizaje para vivir en paz unos con otros. En el camino, se pierde la ansiedad de tener respuestas

para todo. Al salir de "nuestro" lugar, cambiamos la forma o manera de mirar el mundo y adquirimos nuevas perspectivas de la vida. La encíclica *Fratelli Tutti* señala que "la esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna" (FT 55). Este es el camino de la interculturalidad, el camino de la esperanza.

Preguntas para profundizar en el tema

1. ¿Qué significa vivir la misión frente al paradigma de la interculturalidad y el diálogo?
2. Cada persona tiene una cultura diferente: ¿cómo vivir la vida comunitaria en la interculturalidad?
3. ¿Cuáles son los desafíos de las comunidades interculturales en la VR?

BIBLIOGRAFÍA:

Brighenti, Agenor. *Por uma evangelização inculturada: princípios e passos metodológicos*. São Paulo: Paulinas, 1998.